

Anhelos extraviados

Con hipnótico sonido e infinito azul, las grandes aguas atraen las miradas visionarias y, balanceando el brillo del oro en el horizonte, las retan a caminar sobre su lomo. Los días multiplican las rutas, promesas que embaucan a los valientes, a los desesperados que huyen de la muerte, a los amantes de la vida y a los soñadores de pasos despiertos. Tenaces sendas de frágil espuma colman el tiempo, entrecruzan esperanzas en tramas ondulantes que unen tierras antiguas, hermanas en la noche y el dolor, síntomas de una geografía enferma, cuyos estertores terminales desarraigan pueblos en ríos de injusticia que desembocan en un sordo olvido, vasto desierto vestido de mar... breve de pronunciar, inmenso en el pensamiento, interminable de recorrer.

El quieto oleaje de la arena lo cubre todo con paciente calma, las huellas no siguen más las huellas sino a anhelos extraviados, y los migrantes, náufragos de nuestros días, se hunden en espejismos de barro o se estrellan en acantilados de intolerancia, muros cuajados de muerte que no consiguen hacer zozobrar los sueños, porque la voluntad, más honda que las fronteras, los transforma en anchos puentes, altares en los que la colectividad se funde en un solo sacrificio, donde el venado divino ofrenda su florido astado y erige su cuerpo como escudo, inmolándose para alimentar el porvenir de su pueblo.

Peregrinos entre dos mundos, los andantes se abrazan a recuerdos distantes, bálsamos de amnesia que ayudan a enterrar, por un instante, el terror de los furtivos abordajes al monstruo de acero que, implacable, corta de tajo tierra y dignidad, devora memorias e inocencia a su paso, y ruge montado en una cicatriz de rieles que miran hacia el norte, el eterno e inclemente norte. Quedan, sin embargo, como testigos próximos de la voracidad de la bestia, las dentelladas que arrebatan miembros, haberes y vidas, pero nunca esperanzas; con ellas auestas, las sombras de los viajeros andan a la deriva en medio del paisaje sin orillas.

Órganos mudos, sahuaros curiosos, cardones vigilantes, columnas de cactáceas que conforman arrecifes espinosos, muñones de gigantes de piel reseca y quebrada, vestigios de humedad recortados contra el límpido azul, vida que mira con piedad a los extraños que piden refugio. El desierto cobija a su modo, adopta a quienes lo reconocen como padre y, generoso, otorga sabiduría a la nómada progenie, que terminan por heredar sus rasgos estoicos: tierra lacerada por altas tem-

peraturas cubre a los vástagos con epidermis de pueblos arcaicos, extremidades mutiladas cual peñascos sin nombre, la mirada llana, limpia de toda intención, libre de obstáculos. Los hijos del desierto dejan atrás su vieja piel, sólo un puñado de recuerdos rupestres los atan a sus nombres distantes, vestigios de un cementerio inverosímil de antepasados, propios y extraños, que aparecen de cuando en cuando como esqueletos de baúles, maletas y belices, integrados como camaleones a la paleta y texturas del entorno. Cueros enjutos y resquebrajados, herrajes oxidados, telas deslavadas y raídas, rastros de otros andares en los que el naufrago se reconoce, y queda unido a los que lo precedieron por un parentesco más fuerte que la sangre.

Cuando el vaivén de los pasos no consigue mantener a flote al migrante un segundo más, éste se hunde en la noche de corrientes glaciales, y en el fondo de ella observa pausados desfiles luminosos, cardúmenes de estrellas con sonrisas descarnadas que nadan cada vez más bajo, líneas con carnadas tentadoras en busca de su último suspiro. Algunos destellos fugitivos, sin embargo, desafían los viejos caminos, se apartan del resto en busca de libertad, y al hacerlo iluminan con mayor intensidad las largas sombras que apuntan al cielo, señales que invitan a colmar el vacío con nuevos anhelos. Así, los que se obstinan por la vida escuchan la voz de tales faros salvadores que anuncian auspiciosos: “¡agua a la vista!”, grito que ahuyenta la opresiva oscuridad e impulsa a los caídos a tomar una bocanada de aire recién nacido, sopro divino que anima al migrante a recorrer una jornada más.

Javier Ballina Viramontes